

# IDENTIFICACION: TEORIA Y CLINICA

*David Malday*

## **Identificación como proceso de pensamiento**

A menudo se ha equiparado, de un modo algo desprolijo, a procesos tales como incorporación, introyección, internalización, identificación. La intuición contenida en estas equiparaciones posee algo de válido, sobre todo porque ellas ubican tales procesos en una misma serie.

Las relaciones orgánicas de un individuo con su medio se basan en gran parte en su esfuerzo por incorporar aquello que necesita de éste para su supervivencia y desarrollo, y por desechar aquello que atenta contra estas actividades. Los procesos orgánicos incorporativos, que incluyen también la actividad de los mecanismos inmunológicos, y no sólo los relacionados con el comer, el beber o el respirar, parecen ser el sustrato sobre el cual se edifican luego ciertos procesos psíquicos, introyectivos e identificatorios. Claro está, entre ambos procesos, los orgánicos y los psíquicos, es necesario establecer una mediación, que está dada por el desarrollo de la función sexual. Sólo en la medida en que la actividad incorporativa se sexualiza, se libidiniza, puede constituirse en fundamento de un proceso identificatorio, que resulta entonces una vicisitud psíquica de la erogeneidad. Cabe preguntarse entonces por la naturaleza de ese proceso psíquico que es la identificación.

Para considerar este punto vale la pena recordar que desde el punto de vista tópico, Freud distingue dos tipos de elementos eficaces. Por un lado están las huellas mnémicas, las representaciones, derivadas de la inscripción y elaboración de percepciones y vivencias. Por otro lado, están los actos psíquicos, actos puramente internos, afectos y pensamientos. La diferencia entre percepciones y vivencias reside en que las segundas tienen como contenido estímulos provenientes del cuerpo propio, y las primeras, excitaciones sensoriales promovidas por los objetos del mundo. En cuanto a los afectos y los pensamientos, se distinguen porque los primeros constituyen procesos de desprendimiento pulsional, habitualmente ligados a descargas secretoras y/o vasomo-

trices, y los segundos son procesos de desplazamiento de la energía anímica en el camino hacia la acción. Mientras que en los afectos esta energía se desprende, en el pensamiento ella se desplaza.

A lo largo de su obra se pone en evidencia que Freud privilegia los actos psíquicos, los actos puramente internos, por sobre el vivenciar y el percibir (y las consecuentes representaciones), en cuanto a su eficacia en la determinación de las manifestaciones clínicas. Es decir, para Freud el aparato psíquico no es una tábula rasa, posee leyes que le son propias, operaciones que se atienen a lógicas que le son intrínsecas. Los actos psíquicos que acabamos de describir, tanto los afectos cuanto los pensamientos, constituyen las expresiones más genuinas de los procesos pulsionales, sus representantes anímicos menos dependientes de las circunstancias del azar propio del acontecer histórico individual. Cabe plantearse como interrogante, por qué algunas veces la pulsión se expresa como afecto, vía proceso de desinvestidura, y otras veces como pensamiento inconciente, vía proceso de desplazamiento, pero en esta ocasión sólo podemos dejar en suspenso la tentativa de analizar el problema. Sólo podemos agregar que el análisis de esta opción entre el desplazamiento y la desinvestidura afectiva podría explicar numerosos problemas clínicos, y las diferencias que se manifiestan en el curso de un análisis cuando ocurren cambios en las defensas y en consecuencia, en las estructuras.

Pues bien, en cuanto a los procesos de desplazamiento de las investiduras, Freud distinguió dos tipos: aquéllos que se centran o toman como parámetro a las representaciones de objeto, y aquéllos que remiten a las representaciones yo, al cuerpo propio. A los primeros, Freud los denominó pensar reproductivo; a los segundos, pensar judicativo, y es en este ámbito en que ocurren los procesos identificatorios.

Es necesario poner de relieve que para Freud la identificación es un proceso de pensamiento, hipótesis que expuso en muchas ocasiones, pero que quedó desconsiderada por los representantes más lúcidos del movimiento psicoanalítico posterior. Ello no implica quitarle valor a la identificación en la constitución del yo, o su función como defensa: lleva más bien a rescatar que en todos estos casos es una operación psíquica, y que como tal tiene su lógica.

### **Identificación primaria y posición sujeto**

Recordemos que Freud afirma que en un principio no existe nada parecido a un cuerpo psíquico, un yo, dado que sólo hay pulsiones parciales que se satisfacen de un modo autoerótico, autónomas unas de otras. La literatura psicoanalítica ha supuesto, y con razón, que la operación psíquica que engendra un yo a partir de este estado de dispersión erógena es la identificación, pero de



hecho lo que afirma Freud es que ocurre una síntesis de las pulsiones parciales, o bien que se desarrolla una nueva "acción psíquica". Es decir, la identificación parece relacionarse con esta acción psíquica, puramente interna, y tiene un valor de síntesis, de juntura entre las diferentes pulsiones parciales, ligadura lograda por un desplazamiento pulsional. En esta síntesis alguna erogeneidad suele caer fuera del esfuerzo totalizante, descompleta el proceso identificatorio, y se resiste a la integración de un yo, en un cuerpo psíquico, en el cual amenaza constantemente con irrumpir para desordenar la organización alcanzada, siempre parcial.

Es que la función de la identificación primaria, ésa a la que aludimos cuando nos referimos a la nueva "acción psíquica", consiste en ganar un yo a la voluptuosidad, un cuerpo psíquico a la sensualidad, cuerpo sobre el cual recae (como objeto) la investidura, libidinosa y de autoconservación. Tal unificación erógena parece promovida por el empuje de las necesidades, de las pulsiones de autoconservación y las investiduras libidinosas narcisistas de los órganos en que se registran las grandes necesidades, y hecha posible por la sobreinvestidura de la piel como factor de cohesión.

Tales identificaciones primarias interesan al ser, al sujeto del yo, y su desarrollo implica que este yo alcanza el sentimiento de sí. La identificación primaria ocurre en un vínculo con un objeto puesto en la posición de modelo o ideal para el yo, el cual pretende configurarse acorde con aquél. Si el yo supone alcanzar este cometido ocupa la posición sujeto, ocupación que se acompaña del desarrollo de un sentimiento de sí. En el modelo o ideal, aquéllo que desea ser, el yo encuentra una promesa de su propia configuración adviniente. El modelo antes mencionado no está constituido por una realidad objetiva que condiciona o prefigura al sujeto, sino que es engendrado por un proceso proyectivo que plasma con una forma determinada a la sensorialidad. Con ello queremos decir que el yo se esfuerza por adueñarse de los procesos pulsionales por medio de una técnica, consistente en la proyección de un modelo en un mundo sensible, modelo al cual luego pretende asemejarse mediante la identificación. Deseo recordar aquí la propuesta de Lacan con respecto a la fase del espejo, según la cual la identificación es posterior a su proceso proyectivo. La eficacia psíquica de los estímulos contextuales, sobre todo de la familia, en un yo en constitución deriva de que dichos estímulos se encuentran con un movimiento proyectivo desde el yo, requisito para su posterior inclusión identificadora.

Freud supone que lo exterior se genera como consecuencia de la proyección del espacio psíquico, y en consecuencia es necesario preguntarse cuál es el tipo de exterior del cual el yo se apodera por identificación. La unificación de las zonas erógenas genera un yo-placer y plasma por proyección un exterior, caracterizado por ser el correlato sensorial de los estados pulsionales y afectivos propios. En ese exterior se jerarquizan las expresiones, sea faciales o tonales, en

el plano visual o auditivo, respectivamente, tal como Spitz lo afirma con respecto al primer organizador, o Winnicott con respecto al rostro materno como espejo. La unificación de las zonas erógenas produce un efecto consistente en organizar la materia sensible en una *gestalt*, de la cual el yo se apodera identificatoriamente. Es posible que la identificación con un nombre se acople casi enseguida a esta unificación de las zonas erógenas, unificación que sigue al proceso proyectivo, según ya lo indicamos. Tal vez el nombre oído constituya una *gestalt* que permita la proyección del estado afectivo propio, pero incluye ya otro valor, porque recorta una unidad diferenciable, ya no sólo en términos pulsionales y afectivos, sino también en términos de rasgos; por lo demás, el niño puede esforzarse por generar por sí mismo los sonidos oídos sin por ello alucinar, a diferencia de la imagen visual de una expresión facial, que sólo puede ser recuperada en presencia de otra persona. Así, pues, dos diferencias existen para el yo-placer entre la identificación con una *gestalt* visual que expresa los estados afectivos del yo y la identificación con un nombre: que éste tiene ya un carácter discreto, opositivo, y que puede ser recuperado mediante su preferencia, sin necesidad de apelar a la presencia del objeto ni a la alucinación. Ambas diferencias habrán de tener gran eficacia en el curso ulterior del proceso identificatorio, y parecen derivar de la posibilidad propia del pensar inconsciente de generar rasgos discretos, diferenciales. Parecería que esta identificación con el propio nombre deriva de una labor interrogativa del yo, es decir, de que éste se constituya en soporte de una exigencia pulsional permanente, que no queda saturada por vivencia alguna. Quizá sea necesario interrogarse con mayor detenimiento por las razones que llevan a la identificación con un nombre, y no sólo con una imagen. En principio parecen empujar hacia ello las fallas derivadas del objeto, cuya ausencia no otorga la expresión anhelada, o cuya expresión no resulta el correlato sensorial del estado afectivo propio. En esta misma línea se halla el hecho de que en su esfuerzo interrogativo, el yo puede apelar a otro recurso para reencontrar sus estados afectivos proyectados como impresiones sensoriales, al mirar sus propias manos en movimiento.

Con ello quiero decir que el pasaje de la identificación con la expresión facial materna a la identificación con el propio nombre deriva de un esfuerzo por trasmudar la pasividad en actividad, y no tanto la pasividad ante la realidad exterior sino ante la pulsional, de la cual un yo tiende a transformarse en sujeto, y no sólo en objeto.

Al comienzo, tal como lo plantean tanto Spitz como Lacan, el niño no distingue entre un cuerpo y su imagen (una máscara o un reflejo especular, por ejemplo). Esta diferencia debe ser conquistada, y es posible que contribuya mucho a ello la posibilidad del yo de repetir un sonido oído sin que quien lo profirió primero esté presente. Este discernimiento de la independencia de una



imagen con respecto a un cuerpo parece jugar un papel muy importante en los procesos de duelo. En cuanto al segundo aspecto de la identificación con un nombre, es decir, su carácter discreto, parece ser el fundamento del discernimiento entre familiar y extraño, que deriva de que el niño privilegia ya no sólo las expresiones faciales sino los rasgos, que son distintivos. La identificación primaria queda entonces acotada: ya no deriva de la proyección de un espacio psíquico caracterizado por los estados afectivos sino por la inscripción de ciertas huellas mnémicas distintivas del yo con respecto al no yo. Es posible que se realicen luego nuevos procesos proyectivos e identificatorios. Uno de ellos surge al plasmarse una exterioridad en que se privilegia la ilusión de una omnipotencia motriz propia, unificada en un modelo. El intento de adueñarse de la propia musculatura a través del dominio visual del movimiento, reflejado en una imagen, parece ser un anticipo de otro modo, más complejo, de tentativa de dominio sobre el cuerpo, mediante la palabra. Otro proceso proyectivo e identificatorio se consuma en torno de la configuración de una exterioridad marcada en términos sexuados, punto sobre el cual volveremos luego.

### Identificación e introyección

Claro está, estas identificaciones hacen al ser del yo, son identificaciones con un modelo e ideal, tal como lo expusimos antes. Pero es necesario distinguir esta identificación primaria, configurante del yo, de otros procesos de pensamiento similares, normales o patológicos. La introyección, por ejemplo, fue equiparada por Freud a un proceso identificatorio, pero de la gama de las identificaciones secundarias, aquéllas posteriores a una renuncia a una investidura objetual. Recordemos que Freud distinguió dos tipos de deseo: de ser y de tener. El deseo de ser el objeto es primordial, y cuando no es posible serlo se desea tenerlo. La renuncia a este último deseo conduce por contrachoque a un nuevo vínculo de ser, la identificación secundaria, que es una de las modalidades de la introyección. El yo se identifica entonces con rasgos del objeto, rasgos que son un producto psíquico del cual este yo se apropia como marca. Entre estas introyecciones, algunas constituyen un yo, otras un superyó.

En cambio, otras inyecciones tienen un carácter diverso. El yo-placer, afirma Freud, quiere introyectarse todo lo bueno, proyectar lo displacentero. Este yo-placer se constituye como consecuencia de la liga de las zonas erógenas, mediante un proceso de síntesis, como ya lo expuse. Pues bien, esta introyección en un yo difiere de la identificación primaria pero también de las identificaciones secundarias, recién descriptas, porque no implican una renuncia a una investidura objetual. Podríamos decir que mientras el yo real definitivo se identifica con

rasgos del objeto, el yo-placer más bien introyecta al objeto, no sus rasgos. La introyección del yo-placer parece lógicamente anterior a la producción de rasgos apropiables, como partes de sí. Esta introyección del yo-placer es descrita por Freud como una forma de acoger, de admitir al objeto en el yo, de hacerlo ser, de darle carta de ciudadanía psíquica. Si el yo decide que el objeto es bueno o útil, según el juicio de atribución, lo introyecta, lo admite en su seno; de lo contrario lo expulsa. De este modo ciertas representaciones, ciertas huellas mnémicas de objetos, reciben una investidura narcisista, no ya como lo que el yo desearía ser, sino como lo que el yo es, o fue, o como lo que ha sido (o es) parte del yo. Con ello deseo señalar que esta introyección genera el ámbito de lo familiar, como la identificación primaria, es posterior a un proceso proyectivo, engendrante de esa exterioridad luego acogida por el yo.

Estos procesos introyectivos normales no implican una modificación estructural del yo, como pueden serlo las identificaciones: el objeto es admitido en el yo, pero sin que ello atente contra el ser de dicho yo.

He dejado para el final de este apartado la descripción de un proceso introyectivo normal que es un inverso de una proyección normal, inicial, fundante de la sensorialidad. Dicha proyección normal corresponde al momento en que las pulsiones parciales están aún dispersas y no se ha creado una unidad, por la identificación primaria. En dicho momento, la voluptuosidad de la zona erógena se proyecta en un estímulo sensorial, que es concebido como generado por el órgano perceptivo mismo, como si fuera solo una consecuencia del desplazamiento libidinal a dicho órgano, desde la erogeneidad. Esta sensorialidad es una réplica proyectiva de la voluptuosidad, y cuando la libido se retira del órgano perceptual, ocurre un efecto: la trasmutación de la sensación conciente en huella mnémica. Dicha inscripción tiene un carácter unisensorial, que luego, al unificarse las zonas erógenas, conduce a la creación de una gestalt más compleja. La inscripción de la sensación recién mencionada (que puede dar origen a alucinaciones posteriores en un lactante) es un tipo primordial de introyección, un modo de dar cabida en el yo a un estímulo sensorial, solo que el yo de que se trata es el real primitivo, lógicamente anterior al yo-placer. La ausencia de impresión sensorial para la proyección de la voluptuosidad, en cambio, sustituye al proceso introyectivo, generador de una inscripción psíquica, por el desarrollo de un estado de terror, correspondiente al masoquismo erógeno oral inicial.

### **Teorías sexuales infantiles y complejo de castración**

Dentro del pensar inconciente identificatorio es necesario incluir también las teorías sexuales infantiles, tentativas de dar respuesta al interrogante sobre el origen de los niños a partir de las vivencias voluptuosas propias, por ejemplo



oral, anal, uretral, o respiratoria. En todos estos casos la tentativa de hallar una respuesta deriva del egoísmo, del deseo de evitar el nacimiento de hermanos, de rivales. La sexualidad propia es tomada entonces como un medio para la identificación y la comprensión, y éstas, a su vez, como recursos para interferir un proceso de advenimiento de un rival. La voluptuosidad, forzada en un proceso identificatorio, sufre pues una doble mediación: por la comprensión, primero, y por el esfuerzo por interferir la gestación de un hermano, luego.

Este camino identificatorio tiene un doble desenlace: un fracaso en la tentativa de darse una respuesta al interrogante sobre el origen de los niños, por falta de las vivencias que permitirían entender el proceso, y luego, un trauma, el correspondiente al discernimiento de la castración, que conmueve los cimientos de los procesos psíquicos de tramitación de las pulsiones.

El juicio de la castración materna es lógicamente posterior a un juicio atributivo que le otorga a la madre un pene, juicio este derivado de un proceso proyectivo, el cual sigue diferentes caminos en el niño y en la niña. El niño supone que la madre posee la misma configuración sexual que él, de modo que su proyección corresponde a la representación-cuerpo propio. El anhelo de ver un pene materno equivalente al propio, anhelo derivado del proceso proyectivo y del esfuerzo por reencontrar (identificatoriamente) en ella una configuración similar a la propia, culmina en un estallido de horror, correlato afectivo del discernimiento de la castración. Pero ésta no aparece como vicisitud que condena sólo al cuerpo materno, sino al yo propio. Quiero decir con ello que el discernimiento de la castración materna se desarrolla de un modo identificatorio, y de allí el horror, o sea la convicción de pasar por la misma vicisitud que se supone en la madre. Este horror se distingue de la amenaza de castración, que supone el riesgo de perder el pene propio, pero no la convicción de haberlo perdido. Sólo es posible superar el horror a la castración y sustituirlo por la amenaza en la medida en que ocurra una sobreinvestidura de la representación-padre, como objeto alternativo de identificación, y en la medida en que se mantenga la fijación a una madre fálica, la admisión de la castración se seguirá desarrollando de un modo identificatorio.

En la niña tanto el modo de atribuir un falo a la madre cuanto el de quitarle dicha atribución es diferente, más complejo, aunque opera a partir de los mismos mecanismos, la proyección y la identificación, a lo cual habría que agregar una introyección. En efecto, el yo de la niña se esfuerza por ligar la masturbación clitorídea con elementos sensibles, a los cuales les atribuye el valor de causa de su voluptuosidad. Un proceso de proyección del goce en la sensorialidad, que permite la liga del primero a la segunda, conduce a que la niña tome a un objeto, por ejemplo la caca, el brazo de un sillón sobre el cual cabaiga, o su almohada, como la causa de su sensualidad. Como es inherente al yo-placer, que supone que

todo lo bueno es parte de sí, ocurre simultáneamente una introyección de ese supuesto objeto causa del goce, y cuando la niña dirige sus investiduras amorosas hacia la madre le atribuye ese mismo objeto que ella cree poseer, con lo cual se sientan las bases para la generación de la premisa fálica, la creencia en la universalidad del pene para ambos sexos. Cuando el juicio de atribución es superado por el de existencia, también la niña sufre una admisión de la castración materna en el propio cuerpo, pero no sale necesariamente de ese estado de horror mediante una identificación-padre, sino mediante un reclamo amoroso dirigido a éste, de quien pasa a esperar un don.

### **Identificación-padre**

Claro está, en ambos casos, en el de la niña y el del niño, el complejo de castración materna se articula con una posición atribuida al padre, posición que es alcanzada gracias al privilegio que el yo otorga al pensar por sobre la sensualidad, el percibir y el representar. Freud sostiene que ésta es una conquista espiritual de la humanidad, que a cada yo le hace inteligible su origen en el padre, y no sólo en la madre, y en consecuencia se da a sí mismo el nombre o el apellido paterno. Desde esta posición, la del apellido paterno, es desde donde cada yo hace venir ciertos juicios de existencia, ciertas decisiones, como la que decreta castrada a la madre. En consecuencia, el nombre o apellido paterno pasa a ser un símbolo de dos procesos: uno, identificatorio, correspondiente a una admisión acerca del propio origen, conquistado por una intelección; el segundo, consistente en una decisión que tiene un valor traumatizante para el yo propio. En diferentes estructuras clínicas una o ambas funciones ligadas al apellido paterno pueden quedar cuestionadas por la defensa.

Esta identificación-padre pasa a formar parte del superyó, pero sobre todo en las niñas puede sufrir otros destinos, como el ser sustituida por una investidura amorosa, o bien conservar ambas posiciones: el padre pasa a ser, por un lado, un nombre en el cual el yo se respalda para decretar la castración materna, y por otro un objeto amoroso del cual se espera recibir un don que permite conservar el sentimiento de sí propio. En los varones esto último implica una cierta posición femenina, homosexual, ante el padre.

La posición de un apellido paterno como punto de sustento para conservar una cierta identificación cuando entra en crisis la convicción de la falicidad materna es generada a partir de un interrogante acerca del ser, de donde deriva que la palabra hecha venir del padre (como imperativo categórico, que ordena al ser propio en términos universales no justificados e inapelables) reciba, según lo afirma Freud, una investidura directa del ello, sin la mediación por el yo. Esta identificación-padre tiene algo en común con las identificaciones primarias antes



descriptas, sólo que en las de este momento pasan a ser sobre todo con palabras y no tanto con imágenes.

### **Carácter masculino en la niña, carácter femenino en el niño**

Muy a menudo esta distribución de identificaciones, en yo y superyó, conduce a la producción de un carácter como consecuencia del sepultamiento del complejo de Edipo. Tales identificaciones son secundarias a la renuncia a una investidura objetal, amorosa u hostil, y no a una represión de dicha investidura, porque en tal caso dicha investidura, dicho deseo, conserva su eficacia en lo inconciente, y por lo tanto la libido no sufre una recolocación, en este caso en nuevas estructuras, superyó y yo. Freud afirma que el carácter se constituye en principio con identificaciones que configuran un superyó, y luego, con otras que crean un yo, acorde al primero. Pues bien, un desenlace habitual en la niña suele ser el carácter masculino: identificación-madre (fálica) en el ideal del yo y superyó, e identificación-padre en el yo, con una desmentida de la propia castración. Entonces el superyó puede acusar al yo por su falta de feminidad.

El camino alternativo, que incluye el interrogante acerca de la feminidad propia, supone una recolocación de la identificación-padre como ideal del yo que sostiene una palabra lúcida, y a la madre en el yo, o más bien, supone una elaboración más abstracta del ideal del yo, por lo cual la identificación-padre-que-habla subsume, en un interrogante, la identificación-madre-fálica, sostenida antes como afirmación estructurante de la imagen omnipotente. Con ello quiere decir que para la niña el padre puede ocupar diferentes lugares: como objeto amoroso y (simultáneamente o con posterioridad) como identificación-yo, y como identificación-superyó (igualmente, cuando predomina el complejo de Edipo invertido, puede ocupar el lugar de rival o de ayudante de la madre o del propio yo, pero en estos dos últimos casos se privilegia la desmentida de la castración materna, no tanto en un ideal del yo separado del yo sino que el yo es acorde con el ideal, está consustanciado con él). La identificación-padre en el ideal del yo queda a menudo obstaculizada por un esfuerzo regresivo, que pretende reanimar el vínculo amoroso, la ilusión de recibir del padre un don, y no sólo palabras, y de allí una cierta interferencia en la producción de un superyó-padre en la mujer.

En el niño puede darse, igualmente, un carácter femenino: una identificación-padre en el superyó y una identificación-madre en el yo, con la consiguiente acusación desde el ideal, acerca de la falta de masculinidad del yo, y un esfuerzo por rebajar al padre dador de palabras a la categoría de un padre nutricio.

### Identificación como procesamiento de una frustración

Ahora bien, hasta aquí me he referido sobre todo a ciertas identificaciones primarias que no necesariamente tienen el valor de una defensa patógena; más bien son identificaciones defensivas ante un conflicto intrapsíquico más que en un conflicto con la realidad. Trataré de explicitar esta idea. Considero que la identificación primaria comienza siendo un modo de tramitar un conflicto en el yo: la libido inviste al yo como objeto, mientras que la pulsión de autoconservación impone el reconocimiento de un objeto ajeno. En consecuencia, el yo, preguntado acerca del camino que ha de dar a la libido que lo inviste, halla esta solución: opta por investir al objeto como modelo para la identificación, y por lo tanto amarlo es indiscernible del amor por el sí propio. La identificación secundaria considerada hasta aquí ya implica un conflicto con la realidad (el complejo de castración), pero conduce a la producción de una nueva estructura, el superyó, con mayor complejización intrapsíquica.

En cambio, otras identificaciones primarias tienen un valor defensivo ante una realidad frustrante, aunque no son necesariamente patógenas, y otras, por fin, son fuente de patología psíquica. Entre las identificaciones primarias defensivas no patógenas recién mencionadas se encuentran aquéllas que están en el fundamento del masoquismo erótico, tal como corresponde a la transmutación en lo contrario y la reversión sobre la persona propia. Según Freud el yo puede ceder la posición sujeto activo a otro y ocupar el lugar de objeto, pasivo. Para ello es un requisito que la pulsión en juego haya constituido su objeto y su meta, dado que la transmutación en lo contrario alude a la meta de la pulsión, y la reversión contra la propia persona, al objeto. Cuando ocurre este proceso, la pulsión se satisface, pero en un sujeto activo ajeno, producido psíquicamente y a costa del yo propio, como objeto, pasivo. Como estos procesos ocurren con un yo-placer, la pulsión no puede no satisfacerse, aunque ello implique un displacer para dicho yo, objeto de un supuesto sujeto exterior, el cual conserva la identificación con un ideal. Pero el yo-placer conserva a su vez una identificación (defensiva) con el sujeto activo, identificado a su vez con el ideal. Y esta identificación defensiva, propia del masoquismo erótico, complementa el ciclo del intento de procesamiento de una frustración pulsional por la realidad.

En cambio, en otras circunstancias el proceso es más complejo: la cesión de la posición sujeto activo a una persona ajena no va acompañada de una identificación defensiva con él, por lo cual el yo ocupa no tanto la posición de un objeto pasivo, con un mantenimiento masoquista (identificatorio) del sentimiento de sí, cuanto la posición de un ayudante, en el cual no se desarrolla dicho sentimiento de sí. Como ayudante, el yo está siempre disponible para padecer la expulsión, y anhela ser introyectado, ser admitido como familiar por un sujeto,



aunque esta ansia nostálgica culmine en permanente frustración, de donde surge el fundamento para patologías graves. El proceso identificatorio es revelado por un placer autoerótico de carácter regresivo, con un valor de consuelo y de venganza, en el cual se retorna desde la elaboración psíquica identificatoria a su fundamento pulsional, en un esfuerzo que implica desarticular estructuras anímicas. Un proceso regresivo aún mayor puede conducir a una alteración de los procesos glandulares, neurovegetativos, y de los mecanismos inmunológicos, que constituyen el sustrato orgánico de la actividad identificatoria.

Una vez constituidas las investiduras objetales, cuando se desarrolla el yo real definitivo, puede apelarse a otros tipos de procesos identificatorios, también masoquistas, en la tentativa de comprender una situación decepcionante: el yo es puesto en lugar del objeto que hubiera debido aparecer en posición favorable, pero esta tendencia defensiva conduce más bien a la producción de la vida de fantasía, en que la palabra ya tiene un valor eficaz, determinante. Apelando a los términos del "Proyecto", podríamos decir que en tales casos un pensar reproductivo es relevado a otro, judicativo, todo lo cual corresponde al desarrollo de un masoquismo erótico secundario.

De hecho solo con el desarrollo del yo real definitivo y el preconciente verbal, un objeto es puesto en el mundo como no yo. Este objeto tiene ciertos sectores variables, reductibles al yo por identificación, a los que Freud llama predicados, y un núcleo constante, irreducible al núcleo del yo. Solo porque el yo ha creado su núcleo, su nombre (ya proferible) como punto sobre el cual recae la investidura narcisista propia, puede constituirse un semejante, un otro, que posee también su núcleo, otro nombre. Este otro se estructura pues sobre la base de las identificaciones, en cuanto a los predicados, y sobre la base de la identificación del yo con un nombre propio nucleante que puede proferir, para producir a partir de allí el núcleo del complejo del semejante. Una vez surgido el otro como diferente del yo, puede sobrevenir un afecto, la envidia, cuando se sobreinvierte una pequeña diferencia que el otro posee y el yo no, es decir, cuando fracasa el esfuerzo por homologar al yo con el objeto, puesto como un hermano, como un rival. A partir de este momento los celos pueden relevar a la envidia, y el amor puede surgir luego, a partir de estos fundamentos afectivos, como una tentativa de reducir las diferencias a una unidad primordial.

### **Identificación y proceso de duelo**

Se colige de lo expuesto hasta aquí que la identificación parece tener un valor importante en los procesos de duelo, sobre todo porque puede interferir en la labor de la desinvestidura de objeto por un esfuerzo en que el yo ocupa el lugar de lo faltante. Freud describió el proceso de duelo en los siguientes términos: un

juicio de existencia dictamina que el objeto investido por la libido no se encuentra ya disponible en la realidad. Entonces ocurre una clausura en la relación con dicho objeto, el cual recibe una sobreinvestidura intensiva (anhelante), y luego comienza el proceso de desasimiento libidinal. Este no se realiza de un modo instantáneo y completo, sino que se desarrolla pieza por pieza, con respecto a las innumerables huellas mnémicas inconcientes que componen la representación-cosa correspondiente. Freud no encuentra el camino para responder al interrogante acerca de cuál es el punto por el cual comienza el proceso de desasimiento. Este termina cuando la libido que investía al objeto puede recaer sobre otro, con lo cual el yo recupera la autonomía y el goce de la vida. El desasimiento realizado pieza por pieza constituye una transacción entre la fijación al objeto y el imperativo a abandonarlo, formulado por el juicio que dictamina su ausencia. En las melancolías, este desasimiento queda sustituido por una identificación defensiva, en la medida en que el objeto había recibido una investidura narcisista, es decir, era parte del yo, o tal vez el fundamento del ser propio.

Si examinamos los cuatro momentos descriptos por Freud (dictamen del juicio, clausura, sobreinvestidura, desasimiento), advertiremos que en varios de ellos pueden intervenir procesos identificatorios de distinta índole. Con respecto al dictamen del juicio, es posible neutralizarlo mediante una desmentida de la pérdida de objeto, en cuyo caso el cuerpo propio, como representación, es empleado para refutar una ausencia. Pero también un proceso identificatorio puede ser la razón por la cual el yo, finalmente, acepta el dictamen: el yo se ve ante el riesgo de seguir el camino del objeto y entonces, en virtud de una investidura narcisista y egoísta de sí, decide por reconocer la ausencia.

La salida del conflicto comienza a través de la creación de una alternativa: producir algo diferente del cuerpo, un doble, un espíritu, una imagen, que permite neutralizar la contradicción entre presencia psíquica y ausencia sensorial.

En cuanto a la clausura, es un concepto que Freud no esclareció. Parece corresponder a un proceso de deslinde entre las huellas mnémicas del objeto perdido y las de cualquier otro objeto, ya que las primeras pasan a tener el signo de meras representaciones, sin correlato con el encuentro en la realidad, es decir, sin posibilidad de consumación sensible en un vínculo. Clausura doble, pues: con respecto a la realidad, con respecto a las demás inscripciones psíquicas. De ambos tipos de clausura deriva una sobreinvestidura anhelante que puede alcanzar un carácter tóxico, y que es fuente de dolor psíquico. Es en este punto donde el yo debe decidir entre la identificación con el destino del objeto (en tal caso no se decreta [o se pierde] la diferenciación entre cuerpo e imagen) y la identificación cuerpo propio. Si opta por el abandono del objeto, éste habrá de conservar igualmente por mucho tiempo el carácter de muerto-vivo.

En cuanto al punto por el cual comienza el desasimiento del objeto (inter-



rogante que Freud nos legó, sin respuesta), considero que corresponde a aquellas huellas mnémicas lógicamente más complejas, creadas a partir del privilegio de la vista y el oído, es decir aquéllas en que se recorta un núcleo del objeto como algo separado del yo. Separar la investidura de estas huellas mnémicas parece un requisito para la elaboración de un duelo normal. Otras huellas mnémicas pueden quedar investidas de modo inmutable, sobre todo aquéllas lógicamente menos complejas, en que el objeto es indiscernible del cuerpo propio. Suelen corresponder a las investiduras de registros olfatorios, táctiles, gustativos o térmicos, por ejemplo, que permiten sostener la ilusión de que el objeto sigue presente. Todo ello sigue sin tener valor patógeno. Si lo tiene, en cambio, un esfuerzo por refutar la ausencia en el plano de la vista y el oído, para interferir un proceso de desasimilación, apelando a una regresión del yo, que lleva a sustituir estas percepciones (y los juicios de realidad correspondientes) por estímulos más proximales, o bien por el privilegio de las expresiones faciales. En ambos casos, un proceso identificatorio es colocado, defensivamente, en lugar del dictamen de la realidad, y de allí la patología de los procesos de duelo.

A veces el imperativo del despliegue libidinal conduce a que esta libido invista a otro objeto, pero en otras ocasiones puede recaer sobre una estructura generada también por identificación, en el superyó o el yo. Pero este proceso sustitutivo mediante la identificación ya no corresponde a un duelo patógeno sino que genera una nueva estructura, en lugar de derivar de una regresión defensiva.

### Procesos identificatorios en las psicosis

En las psicosis, sobreviene un fracaso del esfuerzo identificatorio. El paciente se coloca en la posición de un objeto (ayudante) del cual otro, ubicado como sujeto, extrae algo que le permite mantener su identificación con un ideal, y de este modo ese otro gana un sentimiento de sí, a costa de promover una herida en el ser, una injuria narcisista al yo, en lugar del desarrollo de una convicción en cuanto a la propia existencia. Una paciente paranoica descrita por Freud, por ejemplo, supuso que le extraían una foto, una imagen, que otra mujer pasaba a poseer, conjeturamos que para el goce propio. La paciente perdía la imagen, el alma, en beneficio de otra, que conservaba entonces su sentimiento de sí y la posibilidad de un placer autoerótico. La posición en que se ubica un psicótico deriva del privilegio de una defensa, la desestimación, que implica colocar un yo exterior en que se desarrolla una desmentida. Dicho yo desmentidor, atribuido a otra persona, el victimario del psicótico, extrae de éste un elemento con el cual desmentir, un equivalente de un fetiche. Si esto es común a las diferentes psicosis, las mismas se distinguen por lo que el paciente supone que se le extrae para que otro desmienta, y también por el juicio contra el cual sobre-

viene la defensa, que puede ser el de la castración, el de la pérdida de un objeto, ambos juicios de existencia, o bien un juicio crítico, que viene del superyó.

Freud sostiene que en las paranoias se disuelven las identificaciones, proceso que parece sobrevenir en las restantes psicosis, aunque de un modo diferente. En todas ellas se disuelven las identificaciones-padre, pero se pueden conservar (o no) otras. Con ello queremos decir que es imprescindible considerar cómo en las psicosis se desconstituye también un superyó (y no solo un yo acorde con la realidad) y que en consecuencia, en el momento reconstitutivo esta instancia reaparece con toda su crueldad, como portadora de una sanción irrevocable. A ello es necesario agregar el modo específico en que se disuelve la identificación primaria en cada psicosis, proceso que procuraremos describir ahora.

El paranoico supone que otro, un sujeto, le extrae esa imagen visual gracias a la cual podría dominar su musculatura, y que dicho otro, un trasgresor, emplea esta imagen sustraída para desmentir la castración ante un tercero. En cambio el melancólico no distingue entre cuerpo e imagen, ya que esta última se ha perdido irremisiblemente con la disolución del vínculo entre palabra y cuerpo, disolución que es propia de la defensa en esta estructura, y por ello más bien se siente víctima de la extracción de una expresión facial, que supone que otro coloca ante un tercero de modo tal de ser admitido en su seno, mientras que el yo propio se ubica como alma en pena, como sombra de un objeto ausente; su anhelo de ser la sombra de un sujeto ajeno se trasmuda en dolor porque dicho sujeto lo expulsa de su ámbito, lo arroja fuera del ser. Un paciente depresivo (no melancólico, no psicótico), en cambio, logra colocarse como expresión facial de otro y ser admitido de este modo en el seno de ese otro, puesto como modelo; a su vez, en otras circunstancias extrae a otro una expresión facial que luego habrá de colocar para desmentir una pérdida de objeto. La desmentida de la pérdida de objeto se hace posible porque las expresiones faciales nos igualan, mientras que los rasgos nos distinguen, y si es posible el reencuentro en otra persona de la expresión facial anhelada, entonces no se hace necesario penar por una ausencia. Una regresión del yo hace pues posible esta particular forma de la desmentida, que el depresivo desarrolla, mientras que el melancólico se la atribuye a un sujeto ajeno, del cual se siente víctima de una extracción.

Por fin el esquizofrénico se siente víctima de la extracción de una esencia, víctima de un acto que atenta contra el núcleo del ser, esencia consistente en una sustancia intersticial (habitualmente descripta como algo que fluye: líquido, música, energía eléctrica), que liga diferentes elementos, y cuya ausencia determina que dichos componentes se dispersen, carentes de unificación, y aquél que le ha sustraído dicha esencia la usa como modo de conservar su unificación ante un tercero.



### Procesos identificatorios en las preservaciones

En las perversiones, la desmentida apunta a mantener una identificación primaria con la madre fálica como requisito para la conservación del autoerotismo. Mantener la identificación con la madre fálica implica habitualmente refutar el juicio de su castración, pero en otras ocasiones, el juicio de la propia castración. En la medida en que se desmienta la castración, la identificación-padre queda cuestionada; la palabra hecha venir desde él es escuchada con desconfianza, desafiada como arbitraria o injusta, concebida como el fallo de un juez corrupto ante el cual hay que oponer una lucha heroica, vindicatoria. Si bien se conserva el predominio de la identificación-madre fálica, el juicio de la castración materna solo podrá ser procesado identificatoriamente, con lo cual el yo queda expuesto de modo permanente al horror, dado que el padre ha sido descalificado como asidero para un tipo diferente de identificación, fundada en la palabra que exprese un pensar.

Las identificaciones juegan también decisivamente en cuanto a la elección del objeto al cual el yo apela para desmentir y conservar el autoerotismo. Un paciente homosexual, por ejemplo, confesó, tras fuerte resistencia, que se masturbaba sin desarrollar fantasía alguna, mirándose al espejo. Colocaba pues su imagen para desmentir la castración materna y también para refutar el juicio que lo decretaba mortal, en la línea paterna, como Dorian Gray. Si lo común a las diferentes perversiones consiste en desmentir, se distinguen por la imagen a la que apelan para refutar un juicio, todas ellas creadas como dobles del yo, como identificaciones extraídas de su lugar y recolocadas, por desplazamiento. Un froteur, por ejemplo, colocado a espaldas de una mujer en un medio de transporte, encuentra en la imagen de su trasero la suya propia. Una homosexual tenía el hobby de la fotografía, de la extracción de imágenes, como la paranoica descrita por Freud suponía haber sido víctima de su sustracción.

También puede proyectarse el yo lúcido, pensante, en otro, en cuyo caso el vínculo hostil, decepcionante y engañador con dicha persona constituye una expresión de una relación intrapsíquica. Con respecto a esa imagen puesta como ayudante para desmentir, así como con respecto a ese otro al cual intenta engañar y decepcionar, vindicatoriamente, el yo propio desarrolla una identificación inconciente reprimida.

El mantenimiento de la represión de esta doble identificación (con otro puesto como imagen para mantener la desmentida, y con otro colocado como el sector lúcido en que sobreviene la subordinación a la palabra atribuida a un padre) es un requisito para conservar una identificación heroica con una madre fálica que toma al hijo como su salvador, o a veces con un padre nutricional, dador de bienes y no decepcionante, porque solo puede ofrecer un preconciente verbal

que exprese un pensar inconciente. Ser reconocido por esta madre fálica y por un padre nutricional implica que en una corriente psíquica se conserva incólume una identificación primaria con un ideal, que no se ha disuelto, mientras que para otro sector del yo este proceso disolutorio se ha consumado, y dicha identificación ha sido relevada por otra, secundaria.

### Procesos identificatorios en las neurosis

Las neurosis, en cambio, se edifican a partir de identificaciones secundarias, constituyentes de un superyó y un yo, el cual ejerce la represión de ciertos deseos inadmisibles, perversos. Estos deseos, en cambio, pueden ser atribuidos a un sujeto ajeno, con el cual pueden existir diferentes vínculos, como el de fascinación, el de miedo o el de amor, a veces superpuestos. Con ese sujeto en el cual se despliegan operaciones perversas reprimidas del yo, el neurótico conserva una identificación inconciente.

Además es necesario precisar cómo en las diferentes neurosis la identificación-padre queda descolocada, y es sustituida por otra posición que se le atribuye. El fóbico, cuyo preconciente está en buena medida estructurado a partir de refranes, podría refrendar este aserto: "el padre que da consejos, más que padre es un amigo". Esta es la posición en que el fóbico desearía colocar al padre, la de amigo, pero si así ocurriera lo perdería como padre. El obsesivo tiene otro modo de amenazar la identificación-padre, al descolocarlo de su lugar y ubicarlo como rival, así como el histérico, que puede investirlo como objeto amoroso.

Vale la pena examinar además el modo en que la identificación participa en la producción de síntomas, y ya no en la configuración de un carácter.

En las histerias de conversión, el síntoma deriva de una condensación de identificaciones que sustituyen a determinadas investiduras de objeto, hostiles y/o amorosas. El retorno de lo reprimido se presenta pues bajo la forma de una identificación, con lo cual se satisface también el sadismo del superyó, y no solo a la pulsión. Este mecanismo identificatorio se complejiza en las caracteropatías histéricas. El yo deja de luchar contra el síntoma y queda englobado por él; lo toma como marca identificatoria y sostiene: yo soy así. A esta identificación con el síntoma se le agrega otra, con un objeto decepcionante, en el deseo de ser el propio padre, o la propia madre. En las psicosis histéricas, las alucinaciones se procesan de un modo identificatorio. Así ocurre cuando una paciente ve una calavera en el espejo en que se mira, alucinación que es un modo de procesar el duelo por la muerte del padre.

En las neurosis obsesivas, el síntoma deriva de una formación reactiva ante un proceso identificatorio masoquista, como el histérico. El yo propio, creado por



una identificación con un excremento, y colocado como formación sustitutiva masoquista de deseos edípicos, queda luego incluido reactivamente en una idea obsesiva, sádica, que despierta horror por el placer imposible de aislar del pensamiento hostil. La lucha contra el síntoma puede fracasar, en cuyo caso puede sobrevenir una caracteropatía obsesiva, con una doble identificación como las antes mencionadas, o bien un delirio obsesivo, como el del Hombre de las ratas, es decir una psicosis obsesiva, equiparable a la psicosis histérica.

En las histerias de angustia, en cambio, el proceso es diferente, ya que la identificación participa en la producción del objeto fóbico. En dicho objeto el yo encuentra una identificación previa, como le ocurría a Hans con el caballo, identificación que luego se condensa con la identificación-padre amenazante. El estallido de angustia del fóbico parece derivar más bien del fracaso del proceso identificatorio, tal vez porque queda obstaculizado por el deseo hostil hacia el padre. De hecho, parece serle insoportable sostener el deseo hostil hacia el padre, dado que con su emergencia el yo pierde el vínculo con su propia imagen, y en lugar del sentimiento de sí sobreviene un afecto complejo, en que se potencian vergüenza, humillación y angustia. Un paciente fóbico decía: "el aspecto no me acompaña"; una imagen propia, pues, se había separado de él, y entonces un ilusorio sentimiento de sí, que surgiría por la conjunción del cuerpo con la imagen, se transforma en un estallido afectivo como el recién descrito.

### **Procesos identificatorios en las neurosis actuales**

Con respecto a los pacientes psicósomáticos, cuya estructura ha sido descrita en términos metapsicológicamente más refinados como neurosis actuales, el problema es diferente. Parece haber una falla en cuanto a la función discriminatoria del yo real primitivo, por lo cual lo endógeno, pulsional, es categorizado como exógeno, y viceversa. Tal proceso se imbrica con un fracaso no tanto en un vínculo de objeto, sino de contexto, cuya función es mantenerse presente pero indiferente, como ocurre cuando uno se dispone a dormir, en que tanto la irrupción de estímulos cuanto su ausencia absoluta interfieren en la posibilidad de retracción de la libido al cuerpo. Tanto una hiperpresencia excitante cuanto una hipostimulación promueven un mismo efecto: que se despierte una voluptuosidad hipertrófica, que altera los procesos orgánicos de un modo tóxico. El estímulo sensorial no resulta acorde con el ritmo de las necesidades, no se constituye por la proyección de éstas, sino a la inversa, ya que despierta un placer en exceso. Una sensualidad que no cesa (sea porque un objeto estimulante se mantiene como tal cuando debería desaparecer, desde el punto de vista de las necesidades, sea porque una ausencia de un objeto perceptible lleva a su sustitución por un proceso autoerótico, voluptuoso) interfiere en la producción de la oposición

presencia-ausencia. La hiperpresencia voluptuosa obstaculiza la creación de una diferencia entre percepción y memoria, entre sensorialidad e inscripción psíquica. Freud opuso la percepción-conciencia a la huella mnémica: esta última requiere de la ausencia de la primera. La falta de estimulación hace innecesaria e imposible la inscripción psíquica. Por lo tanto, cuando el objeto se ausenta, y no ha sobrevenido la inscripción psíquica (debido a su presencia previa, no acorde con los ritmos pulsionales), el modo de recordarlo consiste en desarrollar un estallido de afecto, que promueve una alteración en los órganos de las necesidades: una alteración endógena ha sustituido a un proceso psíquico de la gama de la nostalgia.

El momento decisivo en este proceso sobreviene luego, cuando debe constituirse intrapsíquicamente una expresión facial como réplica de los estados afectivos y pulsionales. Entonces sobreviene un desenlace particular, para el cual el desarrollo previo sirve de preparación. Hemos dicho ya que ante la falta de correspondencia entre una expresión facial y un estado afectivo existen dos opciones: o bien la hipertrofia de un estado afectivo porque la investidura narcisista no puede procesarse mediante la ligadura con la sensorialidad, con la percepción de una gestalt, o bien el privilegio de la palabra, para nombrar aquello que la imagen visual no otorga, que constituye un resto pulsional no asimilable a la sensorialidad.

La primera de estas dos opciones prevalece en los pacientes melancólicos, mientras que los depresivos se colocan en la posición de la expresión facial esperada, para que otro (el sujeto propio, proyectado) alcance un sentimiento de sí, a costa de un estallido de afecto displacentero, solo neutralizado mediante un esfuerzo identificatorio, defensivo. La segunda de las opciones antes mencionadas, en cambio, es característica de un proceso de creciente complejización y ligadura intrapsíquica, y tiene como requisito que el proceso previo de proyección de los estados afectivos en las expresiones faciales ajenas haya tenido éxito, y que el desencuentro entre afectos e imagen derive sobre todo de una imposibilidad de esta última para expresar un proceso anímico que solo puede ligarse vía palabra. Pero ninguna de estas dos opciones predomina en los pacientes psicósomáticos, que más bien dan cabida a ambas. Por un lado, aparece una falla en el proceso identificatorio, y en consecuencia sobreviene un estallido afectivo, pero luego logran recuperarse apelando a la palabra. Si hilamos más fino podemos describir el siguiente procesamiento: ante un fracaso en la posibilidad de encuentro entre afecto e imagen, el yo se coloca como imagen para otro, para un sujeto, como en el depresivo, pero cuando este otro se ausenta, no ocurre el proceso melancólico, de ser la sombra de un cuerpo ausente, sino que logra recuperarse mediante un nuevo proceso identificatorio, vía palabra. Antes he mencionado la discordancia entre afecto e imagen, como la de las depresiones, pero existe una diferencia con



respecto a lo que ocurre en los pacientes psicósomáticos, ya que en éstos tal discordancia deriva de un fracaso del proceso proyectivo, del mismo tipo de aquel que le interfirió primero distinguir estímulos entre exógenos y pulsionales. Ahora bien, en los pacientes psicósomáticos una de las dos opciones antes mencionada no cancela a la otra, sino que la complementa: solo logran apelar a la palabra si al mismo tiempo se dejan intoxicar por una hipertrofia voluptuosa, y gracias a esta palabra pueden reencontrar una identificación. Solo que esta identificación es restitutiva, secundaria, y el sentimiento de sí alcanzado en el yo es logrado gracias a un sobreesfuerzo de ligadura que es solventado por la libido narcisista que se desprende como exceso, el cual promueve a su vez una alteración en los órganos. Si nos preguntamos por el origen del exceso sensual recién mencionado, hemos de encontrar la respuesta en dos lugares: por un lado, aquella falla en la constitución del yo real primitivo y la consiguiente distinción entre estímulos endógenos y exógenos, y por el otro, como afecto de lo anterior, una imposibilidad de reunir la erogeneidad de las distintas pulsiones parciales en una síntesis-cuerpo, en una representación-yo, que se proyecta en una *gestalt* determinada.

A todo ello se agrega luego una desmentida de la muerte del padre (en el varón) o de la madre fálica o el padre (en la mujer), desmentida que se formula del siguiente modo: "No es cierto que él (o ella) haya muerto, esté ausente o sea decepcionante, y aquí estoy yo para demostrarlo. Yo soy mi propio padre". Y en consecuencia, un sobreesfuerzo por colocar una imagen para un sujeto ajeno (y consiguientemente por acceder a la identificación), se consume a expensas de las pulsiones de autoconservación. Claro está, desmentir la ausencia paterna ocupando su lugar conduce a otra consecuencia, la pérdida de un padre en quien respaldarse para tomar ciertas decisiones, sobre todo a partir del lugar del yo como sujeto de la pulsión. Por lo tanto, la herida en el ser, el fracaso del proceso identificatorio, que el yo del paciente psicósomático resuelve mediante el amoldamiento repositivo a una imagen conduce a una sofocación de un pensar identificatorio de una búsqueda de una realidad sensible, acorde a los procesos pulsionales, con una cesión del sujeto del yo y su sustitución por el orgullo por dar una imagen, mientras que los procesos pulsionales recién mencionados se tramitan vía síntoma orgánico.

En otra persona, habitualmente del contexto íntimo, el paciente psicósomático proyecta otra corriente psíquica, en la cual surge la posibilidad del desarrollo de un pensar identificatorio, de la fantasía y de la decisión acorde con el deseo, y con dicha persona el paciente establece un vínculo de marcada dependencia afectiva.

**RESUMEN**

*En este trabajo me propongo considerar a la identificación desde una perspectiva teórica y clínica. Comienzo por considerarla desde una perspectiva teórica, como proceso de pensamiento inconsciente, vale decir, como acto psíquico, consistente en el desplazamiento de la energía anímica en el camino hacia la acción. Luego me refiero a la identificación primaria y la producción de la posición sujeto para un yo, como consecuencia de un tipo particular de relación con otro, colocado como modelo o ideal. Tras diferenciar distintas modalidades de la identificación primaria, distingo entre esta y la introyección. Me refiero luego al valor de las identificaciones en la construcción de las teorías sexuales infantiles y del complejo de castración. Un apartado posterior está dedicado a la consideración de la identificación-padre, y el siguiente, a la constitución del carácter masculino en la niña y el femenino en el niño. Me refiero luego a la identificación como forma de procesar una frustración, y a la identificación y su relación con el duelo.*

*Desde una perspectiva clínica, considero el valor de la identificación en las psicosis, en las perversiones, en las neurosis de transferencia y en las neurosis actuales.*

**ABSTRACT**

*I try to consider identification from a theoretical and clinical perspective. I start considering it from a theoretical perspective as a process of unconscious thinking, e.i., as a psychic act consisting in the displacement of the animic energy in its way to action. Then I refer to the primary identification and the production of a subject position for an ego as a consequence of a particular type of relation with another one considered as model or ideal. After having differentiated the different modalities of the primary identification, I draw a distinction between this one and the introjection. I later refer to the value of the identifications in the formation of the child sexual theories and of the castration complex. A following separate section is devoted to the father-identification, and next to the growth of the masculine character in a girl and the feminine one in a boy. Then I refer to identification as a way to process a frustration and to the identification and its relation with the mourning.*

*From a clinical perspective, I consider the value of identification in the psychosis, in the perversions, in the neurosis of transference and in present neurosis.*